

Alarcón en Yuste

La reciente restauración del Monasterio de Yuste ha devuelto al edificio todo su esplendor, recuperando incluso su coro y su altar mayor

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

*Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura, Madrid*

En el año en que tantas cosas se conmemoran del Emperador Carlos en el quinto centenario de su nacimiento, no estaría de más acercar estas peripecias al escenario de sus últimos días en el monasterio de Yuste.

Sabido es que cerca de Cuacos (Cáceres), se levantó a lo largo del siglo XV y primera mitad del siguiente el monasterio jerónimo de Yuste, donde la comunidad llevó una vida retirada en aquel desierto monástico de rigurosa clausura. Sin embargo, el silencio que hasta entonces había envuelto la vida de comunidad se rompió bruscamente tras la abdicación de Carlos V y su decisión de retirarse al monasterio extremeño.

Esto supuso la construcción de un modesto palacio en el que Felipe II, desde Flandes, dispuso el dormitorio para su padre inmediato al presbiterio de la iglesia en una situación que anuncia la escurialense. Para ello contó con la colaboración del arquitecto Gaspar de Vega y del obrero mayor fray Antonio de Villacastín.

Dispuesto el aposento real, Carlos V llegó a Yuste en la tarde del 3 de febrero de 1557. No deja de extrañar la preferencia por este apartado lugar, por otra parte extraordinario, cuando no muy lejos se encontraba el también monasterio jerónimo de Guadalupe, de mayor amplitud y comodidad para el Emperador, pero éste, como recuerda Unamuno, quería "retiro, un verdadero retiro, y Yuste lo es".

Fue entonces cuando el nombre de Yuste rebasó los límites de la orden jerónima para ser pronunciado en voz alta en tantas cortes y embajadas por

Europa, proyectando su fama hacia una gloria no buscada. Pero ésta llegó tan pronta como veloz fue su partida, pues fallecido el César y trasladados luego sus restos mortales a la iglesia de prestado de San Lorenzo de El Escorial, Yuste volvió a su silencio acabando en un mortal e injusto olvido.

Los episodios más significativos los ha resumido recientemente José Antonio Ruiz Hernando en una monografía sobre los monasterios jerónimos españoles (1997), es decir, como otros muchos monasterios y conventos sufrió la presencia francesa, la exclaustración y su posterior venta. En efecto, las tropas napoleónicas incendiaron la parte monástica el 12 de agosto de 1809, salvándose de la quema la iglesia aunque, como apuntaba Madoz, su bóveda quedó desde entonces "resentida",



Pedro Antonio de Alarcón en un retrato publicado en *La Ilustración Española y Americana*, 1891, con motivo de su muerte.

siendo de muy "mala construcción" todo lo reedificado después. En 1835 abandonaron el monasterio los pocos monjes que quedaban, después de haberlo hecho ya una primera vez entre 1820 y 1823.

Parece que a raíz de una primera venta que quedó anulada, pero que algún derecho debió generar a favor de



Monasterio de Yuste con el palacio del Emperador Carlos V en primer término.



Detalle del claustro del Monasterio de Yuste, tal y como se puede contemplar actualmente, izquierda, y situación que mostraba en una fotografía publicada en el *Catálogo Monumental de Cáceres* (1914-16) de José Ramón Mélida.

su comprador, don Bernardo de Borja y Turrui, éste instaló en la iglesia una industria de gusanos de seda (1838). Luego pasó a manos de otro comprador, el marqués de Mirabel, que restauró la iglesia hacia 1860, mientras que el resto del monasterio permanecía prácticamente desmantelado y hundido, pese a que la Comisión Provincial de Monumentos contestara a la Central, en 1868, que no había ningún monumento en Cáceres en estado de ruina [sic]. El marqués de Mirabel cedió el monasterio a los franciscanos, quienes lo ocuparon desde 1898 a 1917, cuando José Ramón Mélida terminaba el *Catálogo Monumental de Cáceres* (1914-1916), donde recoge que los frailes intentaban remediar la ruina y el abandono de tantos años.

Sin embargo, llama la atención la

frialdad con que este eminente arqueólogo describe el monasterio en ruinas, pues a juzgar por sus palabras parece no detectar que el cadáver estaba muerto. Algo parecido ocurrió antes con Quadrado cuando, afirmando que “El panorama que ofrece este recinto no es para describirlo”, el lector espera oír al menos el reproche por el daño infringido a este rincón de la Historia de España, pero muy al contrario, Quadrado hace un canto idílico del “agua que brota de la tapia y sirve para regar las plantas caprichosas que nacen y viven espontáneamente bajo la benéfica acción alegre del cielo de la encantadora Vera de Plasencia, paraíso verdadero...”.

Una vez más, arqueólogos, historiadores y eruditos, botánicos de nuestra historia del arte, en una especie que se

prolonga hasta nuestros días, se comportaron como fríos funcionarios incapaces de sentir en carne propia el dolor sordo de las piedras mudas.

Ante aquel despojo de monasterio que llegó a ser Yuste, se echa en falta la sensibilidad mostrada por hombres como el escritor Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891), quien dedicó a este monasterio jerónimo algunas páginas verdaderamente conmovedoras de sus *Viajes de España*. Pero ya sabemos que la sensibilidad no es cuestión de oficio, sino de naturaleza.

De aquellos relatos, cargados sin duda de una emoción romántica pero sin complacerse en ella, hemos entresacado algunos párrafos: “De mi visita a las ruinas de los claustros de Yuste



La restauración del **claustro** le ha devuelto todo su esplendor original.

guardo recuerdos indelebles. La naturaleza se ha encargado de hermopear aquel teatro de la desolación. Los trozos de columnas y las piedras de arcos, que yacen sobre el suelo de los que fueron patios y crujías, vense vestidos de lujosa hiedra. El agua, ya sin destino, de las antiguas fuentes, suena debajo de los escombros, como enterrado vivo que se queja en demanda de socorro, o como recordando y llamando a los antiguos frailes para que reedifiquen aquel edificio monumental.

Y por todas partes, entre la hiedra y el musgo, o entre las flores silvestres y las altas matas con que adornaba mayo aquellos montones de labrados mármoles, veíamos los escudos de armas de la casa de Oropesa, esculpidos en las piedras que sirvieron de claves o de capiteles a las arcadas hoy derruidas. Las cuatro paredes del refectorio siguen de pie; pero el techo, que se hundió de resultas del incendio, ha formado una alta masa de escombros dentro de la estancia. Hoy se trabaja en sacar aquel cascajo, y ya van apareciendo los alicatados de azulejos que revestían el zócalo de los muros.

El Convento de Novicios subsiste,

aunque en muy mal estado... Nosotros penetramos en algunas celdas. Reinaba en ellas la misma muda soledad que en las del Palacio de Carlos V. Ni gente ni muebles quedaban allí... Las desnudas paredes hablaban el patético lenguaje de la orfandad y de la viudez. Aquello era más melancólico que las ruinas del otro gran convento hacinadas entre la hiedra. Una celda habitable y deshabitada representa, en efecto, algo más funesto y pavoroso que la destrucción. Los pedazos de mármol que acabábamos de ver parecían tumbas cerradas: las celdas del noviciado eran como lechos mortuorios o ataúdes vacíos, de donde acababan de sacar los cadáveres. Sí; ¡todo vacío! ¡todo expoliado! ¡todo saqueado!...

Tal aparecía aquella mañana a nuestros ojos cuanto contemplábamos, cuanto recordábamos, cuanto acudía a nuestra imaginación por asociación de ideas. En Yuste..., una tumba abierta, de donde había sido sacado Carlos V. En El Escorial..., otra tumba vacía, de donde también se le había desalojado temporalmente...

Y si se nos ocurría la fantástica ilusión de que la exhumada y escarnecida momia del César, avergonzada de su pública desnudez, pudiese salvar el

Guadarrama, en medio de las sombras de la noche, para ir a buscar a Yuste su primitiva sepultura, considerábamos temblando que tampoco encontraría en su sitio el ataúd de madera, sino que lo vería encaramado en aquella antigua hornacina de un santo que probablemente habrían derribado a pedradas... ¡Y todo así! ¡Todo así! Dondequiera que el atribulado espectro imperial fijase la vista, hallaría igual dislocación, el mismo trastorno, la propia devastación y miseria, como si el mundo hubiese llegado al día del juicio final...".

Nadie piense que hay exageración en sus palabras; mírense las fotografías de Laurent y Ciarán incluidas en el propio catálogo de Mérida, no es necesario más. Su iglesia desnuda, vendido el coro —que se dividió “en trozos”—, enajenado el órgano flamenco encargado por Carlos V para el monasterio, que afortunadamente fueron a parar a la parroquial de Cuacos, como sus esculturas (*Santa Catalina*, *San Jerónimo*, etc.) y ropas litúrgicas...

En fin, no todas las peripecias, como algunos me recriminan, terminaron mal y ésta dentro de lo que cabe es una de ellas, pues una paciente labor restauradora iniciada en 1941, a raíz de la donación al Estado de aquel monasterio que desde 1931 era Monumento Nacional, y terminada en 1958 por González-Valcárcel, nos devolvió un edificio y recuperó parte de sus pertenencias, desde el coro al altar mayor.

De este modo se hicieron las paces con la Historia y hoy, una nueva etapa restauradora, dirigida por Enrique Azpilicueta y Bailarín, sigue recuperando la dignidad perdida, al tiempo que sirve de marco a loables iniciativas que, orientadas por un Patronato del Monasterio y al calor del V Centenario, es de desear no respondan a una simple coyuntura política.

Tan sólo habría que cuidar el mobiliario falsamente antiguo, así como el moderno en la zona del palacio, retirar de la vista singulares pinturas cesáreas y mejorar la puesta en escena que son, a mi juicio, los aspectos más débiles y subsanables de la importante obra allí hecha. *Laus Deo.*